AÑO II. MADRID, 1 DE AGOSTO-SEPTIEMBRE DE 1922. NÚMS. 10-11.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

Director: MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER
Administradora: Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

Redacción y Administración: CALLE DEL BUEN SUCESO, núm. 18 duplicado.

«Satyat nasti paro Dharma». — La religión más elevada es la Verdad. (Lema del Maharajá de Benarés.)

SUMARIO

LA IDEACIÓN CÓSMICA Y EL SIMBOLISMO

La palabra *idea* es de origen griego, y significa imagen o aspecto. Y, por tanto, entendemos por ideación la facultad de representarnos un conjunto de imágenes relacionadas de cierto modo. En tal sentido los conceptos de ideación y de imaginación nos aparecen como sinónimos.

Existe, empero, una diferencia en el uso de ambos vocablos; si no en su etimología, al menos en su uso. Al hablar de ideación, concebimos un conjunto de ideas relacionadas lógicamente, mientras que a la imaginación le damos otra acepción menos rigurosa (1).

(1) Como que confundimos lamentablemente la imaginación activa, creadora, o propiamente dicha, con la fantasía o imaginación pasiva y negativa. La primera, es la fiel esclava de nuestra voluntad creando imágenes; la segunda, el triste juguete pasivo de la *realidad* exterior.—*(N. de la R.)*

Ahora bien; una *idea* es para nosotros algo más que una *imagen* de cosas sensibles. Una idea se refiere más bien a la *relación* entre los objetos (ideas de primer grado); a la relación entre esas relaciones (ideas de grado segundo); en general a una relación de relaciones. Y como en ese sentido al salir del Mundo concreto, vamos ascendiendo a fórmulas de lo abstracto cada vez en menor número, las que en sus desarrollos y en el de los términos de éstos abarcan el *Uni-verso*, concebiremos que sea posible llegar a un corto número de relaciones, de un orden muy general, que puedan abarcar un Cosmos. La integración de estas relaciones en una síntesis suprema es la Fórmula de aquel sistema, su Idea de Ideas, su Dios o Logos.

Así, pues, los axiomas divinos son síntesis de síntesis, integraciones de integraciones, al contrario de lo que sucede en el extremo opuesto de la escala en el despliegue del conocimiento cimentado en los planos inferiores, donde los axiomas básicos son las relaciones más sencillas, las ideas más simples, irreducibles a otras menos complejas, sobre los cuales edificamos todas nuestras ciencias más exactas, que terminan diversificándose en fórmulas y teoremas complejísimos. Éstos, contrastados con la experiencia, nos demuestran *que tales relaciones existen en la Naturaleza* y vienen a nuestro encuentro desde el otro extremo de la seriación *Universal.*

Si esas relaciones, si todas las relaciones posibles, si todas las ideas existen en la Naturaleza; si ellas no sólo se manifiestan estáticamente sino que las vemos en actividad con el nombre de Leyes en toda la maravillosa vida que nos circunda, de igual modo que en nuestras máquinas, en que las aprovechamos para fines particulares de la especie, y si además observamos que actúan ordenada y armónicamente, hemos de admitir como evidente su realidad sustantiva. Ellas existen con nosotros, en nosotros, fuera de nosotros y hasta, a veces, a pesar de nosotros. Nuestros cerebros registran y utilizan los hechos del mundo físico con el que, mediante ellos y los sentidos *subordinados,* nos ponemos en relación. Pero por encima de los hechos existe el mundo de las ideas, entidades ingrávidas que *reinan* en el universo, que las registremos y utilicemos o no.

«Brahmâ medita antes de formar un Universo, y el Universo es hijo de la mente de Brahmâ», dicen los hindús. La existencia de las ideas, de las relaciones que ligan a cuanto existe armónicamente, indican evidentemente la existencia de una mente, es decir, una *facultad* de ideación, de relación que está en acción *en* el Cosmos en gradaciones infinitas. Opera en el hombre, en el animal, en el vegetal, en el mineral mismo, pero también

opera en los orbes, en los planetas, en los soles, en las nebulosas. Y si en nuestro objeto más próximo de observación, en nosotros mismos, la vemos activa hasta el punto de realizar creaciones con elementos preexistentes, si en todas nuestras obras intervienen la idea, la mente, ¿no hemos de suponer una facultad de ideación *al Espíritu* que mueve el planeta que nos sustenta y al que preside sobre nuestro sistema solar?

La Teosofía nos enseña que existe un estado sustancial en el universo, un plano, donde se realizan todas las operaciones de la Mente. Es el mundo de las ideas, el plano mental.

Podemos considerar en cierto modo que, geométricamente, en el aspecto más elevado que nuestra inteligencia es capaz de percibir, reina como único elemento, como fórmula sencilla, simiente de mundos, aquello que en el aspecto espacial podría representarse únicamente por *el punto*, elemento primordial en el *plano físico*, en que lo concebimos sin ninguna dimensión y origen, y fuente, empero, de todo el mundo de la forma. Porque si es lo mínimo posible de lo denso, en el polo opuesto es lo máximo potencial. No hay en el punto limitación alguna en cuanto a la forma. Y el punto, el contacto mínimo de los mundos superiores con el mundo físico, está en todas partes, idéntico a sí mismo, poseyendo en sí toda la potencialidad de los planos de la forma. Podría servirnos de símbolo físico del plano o mundo atómico o divina actividad: es el punto en el círculo, (⊙). Es la burbuja primordial en el Koilón, de que nos hablan A. Besant y C. W. Leadbeater. Es la Mónada que está enfocada en nuestro corazón.

De igual modo podemos representarnos físicamente el elemento del mundo siguiente (el del discernimiento, si lo consideramos desde el punto de vista del Logos, el de la intuición, si lo vemos desde abajo), el mundo búdhico, en una palabra, como *la línea*, que es la que relaciona los puntos y *nos da la unidad en la multiplicidad*. Es la irradiación de cada centro para abarcar el universo y unirse con todos los demás centros o *contactos* de la divina vida, con la materia, en forma directa y abierta, de vida a vida. El elemento búdhico debe, pues, ser lineal simbólica y quizá realmente.

Geométricamente, el plano mental puede representarse en lo físico por la figura plana, que es el cierre de las líneas para abarcar un campo de relaciones limitado, indicando el predominio de uno o varios centros, una limitación que contrasta con la vida libre y sin límites del mundo búdhico o de la línea. Éste es el mundo de las ideas humanas que en él alzan toda clase de cotos cerrados, de planos y de campos de experiencias, sirviéndose de los elementos de los mundos superiores, de los mundos divinos,

ininteligibles para nuestro intelecto de la quinta Raza, a menos de que nos elevemos al plano de la intuición o búdhico. El elemento u átomo mental debe ser una figura plana, el cierre sencillo de uno o varios elementos lineales búdhicos para formar un reflejo del plano atómico, una limitación puntual material.

El mundo astral o del deseo es la reflexión del plano búdhico en el mundo de la materia, y podemos representarlo por el cilindro o el prisma que se originan por la traslación de un círculo o polígono a lo largo de una línea recta, formando así como líneas groseras y materiales. Es el mundo geométrico de los volúmenes sin densidad, que pueden interpretarse sin confundirse. Esta es precisamente la característica de la vida astral o una de sus características. Aquellos que han estudiado Geometría y están habituados a *ver en el espacio*, comprenderán algo de lo que significa este plano y las condiciones de vida en el mismo. Es realmente la contraparte, la copia exacta del plano físico en forma, color, relatividad, etc., pero ingrávida, sierva del pensamiento y dotada de penetrabilidad.

El plano físico no es más que el astral densificado, es decir, sometido a una limitación enorme, impuesta por los reflejos de la divinidad más elevada sobre la materia más densa, a saber: *tamas* (la inercia, como reflejo en lo más bajo, de la *voluntad* de lo alto); *rajas*, el movimiento, cuya primera expresión es el *peso* o caída hacia el centro de la tierra, reflejo de la divina *actividad; sattwa*, el ritmo, es decir, el movimiento entre límites definidos y regulares, reflejo de la *sabiduría*.

El sér que desde lo físico se eleva al plano astral, opera, por este hecho, con y en la contraparte del mundo físico. Es decir, que su conciencia percibe las formas y los colores del plano físico. Sólo que estas sensaciones no descienden de ahí y no tienen cabida otras más groseras de nuestro plano, que sólo la tienen como *recuerdo* o reminiscencia, o como repercusión astral de una nota física al manifestarse la característica del plano, el deseo. El que tiene su conciencia en lo astral (como pueden de ello darnos una idea nuestros sueños), ve un mundo como el nuestro, sólo que mudable, cambiante; tan plástico que, a la más mínima impulsión o relación mental, cambia toda la decoración con novedades inesperadas y a veces absurdas al parecer. No existen las distancias. Instantáneamente nos vemos trasladados a medios desconocidos, a lejanos países, a buques en alta mar, a paisajes abruptos. Con la velocidad del relámpago nos ponemos en relación con escenas kaleidoscópicas que pueden o no haber ocurrido u ocurrir, puesto que, careciendo de dominio del plano, no nos es dable escoger lo que vemos, y nuestra visión es confusa y desorbitada.

El mundo mental es más rico y más libre. Es un mundo *analítico* en el cual el pensador descompone los elementos de los planos astral y físico, los examina, los recompone según un modelo que se forja, según un *ideal*. Geométricamente es el mundo de las figuras planas y superficies que en sí contienen todas las potencialidades de las tres dimensiones, todas las posibilidades del volumen que la conciencia mental puede representarse instantáneamente en toda su perfección, creando verdaderos mundos ideales y superiores. Al mismo tiempo, este mundo tiene *en germen* todas las posibilidades de ese otro mundo más libre de la línea que forma el plano búdhico en cuanto a la forma.

Para nosotros, a mayor sencillez en la representación simbólica, corresponde un mayor significado transcendente y metafísico. Así que el mundo lineal, con sus infinitas posibilidades de relación en el Espacio universal abierto y sin límites, es el símbolo más adecuado para representar el plano búdhico.

Y por eso el punto geométrico, burbuja de *nada* (1), es el símbolo de símbolos, el contacto entre el Sér y el No-sér, fin del ascenso en el proceso desintegrador de las Mónadas después de la Muerte y, al mismo tiempo, principio de la Actividad Cósmica en los planos superiores a la evolución puramente humana (2).

J. Garrido.

POR PUNTOS Y POR NÚMEROS

(BREVE COMENTARIO AL ARTÍCULO ANTERIOR)

El notable artículo que precede, debido a nuestro muy querido Secretario Nacional de la S. T. y Delegado Presidencial de la misma, se presta a hondas meditaciones.

Sí. La seriación que hace relacionando al punto, la línea, la superficie y el volumen con los cuatro mundos, planos y principios humanos respectivos que llamamos *átmico*, *búdhico*, *mental* y *astral*, se presta a vigorosas analogías que hoy no podemos consignar aquí, donde queremos limitarnos a apuntar dos ideas.

---

(1) *Nada*, según la «Voz del Silencio», quiere decir en sánscrito «el sonido insonoro» o «la voz en el sonido espiritual».

(2) No ignoramos que la idea que se hacen los pensadores comúnmente de las dimensiones del Espacio es muy distinta y mucho más complicada que la que se expone en este escrito, que reconocemos hijo de una idea-relámpago que no hemos querido dejar escapar. Celebraríamos verla discutida, puesto que es precisamente lo contrario de admitida. Lo que se llama dimensiones superiores del espacio serían para nosotros conquistas o dominios *sucesivos*, *no de la forma*, sino de la CONCIENCIA sobre los elementos de la forma en *sentido*

Es la una la de que el tránsito ideológico de plano a plano, y aun el real de mundo a mundo y de «dimensión» a «dimensión», siempre se opera por *puntos*. Ya lo dice la sabiduría popular en frases como la de «ir punto por punto», «estar a punto», «poner los puntos», etc. Cada «dimensión» superior es, en efecto, una «infinidad» de elementos de la que le antecede (la línea, infinitos puntos; la superficie, infinitas líneas...), y en cada dimensión inferior hay un elemento que marca el límite de los elementos de la subsiguiente; verbigracia: entre todos los puntos de una arista hay uno (el vértice del sólido) que es de ella, que es de otra que no es de ella y que, por tanto, no es privativamente de ninguna de las dos... El teósofo que desarrolle esta idea acaso pueda hallar «el encaje», «la transición de cada mundo al siguiente», operando «por puntos»...

Y nada más de esto por hoy. En cuanto al final de la última nota, relativa a la serie numeral 1, 2, 3, 4, y a su inversa 4, 3, 2, 0 (poniendo el *cero* en lugar del *uno* por la razón que allí se apunta), es oportuno recordar este *insondable* párrafo de la Maestra H. P. B. al darnos *(D. S.*, t. II, comentarios a la Estancia 2.ª) las «Cronologías brahmánicas y tamiles»:

«Lo sagrado del ciclo abstracto 4,320 con los números adicionales (por suma, resta, multiplicación, división, etc., añadimos nosotros), depende del hecho de que las cifras que lo componen, ora tomadas separadamente, ora unidas en múltiples combinaciones, son todas y cada una de por sí símbolos de los más grandes misterios de la Naturaleza. En efecto, ya se considere el 4 por separado y el 3 por sí mismo, o los dos juntos haciendo el 7 y también los tres números 4, 3 y 2, que sumados dan el 9, todos ellos tienen su aplicación a las materias más sagradas y ocultas, registrando las obras de la Naturaleza en sus fenómenos periódicos y eternos (1). Son números que no yerran jamás y que constantemente se presentan doquiera, revelando a los que los estudian los secretos más hondos de la Naturaleza, un Sistema verdaderamente divino, un plan inteligente en la Cosmogonía, plan que resulta reflejado en las divisiones naturales del tiempo, de las estaciones, de las influencias invisibles y de los demás fenómenos astronómicos, con su acción y reacción en la naturaleza terrestre y aun en la moral, en la muerte, en los nacimientos y en el desarrollo, en la salud como en la enfermedad. Todos estos fenómenos naturales están basados en el proceso cíclico del Cosmos y dependen estrictamente de él, produciendo agentes periódicos, los cuales, obrando de fuera a dentro, afectan a la Tierra y a cuanto vive en ella, desde el principio al fin de cada Manvántara. Causas y efectos que son esotéricos, exotéricos y endoexotéricos, por decirlo así.»

Quédense para otra vez tamaños problemas misteriosísimos.

R. DE L.

---

inverso, para construir y crear con ellos; en cuyo concepto ganan en universalidad y significación a medida que se simplifican. Los números 1, 2, 3 y 4 (punto, línea, superficie y volumen) se despliegan, según *La Doctrina Secreta*, para volver sobre sí mismos, apareciendo sólo como manifestados en el orden inverso 4, 3, 2, 1... ó 432000..., puesto que «el 1 no es número».

(1) Este tema puede verse desarrollado en el tomo II de nuestras *Conferencias Teosóficas*, capítulo de «Astronomía y Astrología».

ESCARCEOS FILOSÓFICOS

PALABRAS, PALABRAS Y PALABRAS

Cuando estudiaba en Francia la segunda enseñanza, recuerdo que el profesor de Historia y Geografía se esforzaba en demostrarnos que« la raza blanca era superior a las demás por tener el ángulo facial más abierto que cualquiera otra, y debido a esa feliz circunstancia, resultaba más inteligente, más noble en sus sentimientos; a la apertura del ángulo facial debía el europeo su progreso», etc. Mediante el ángulo facial podía *a priori* determinarse la inteligencia y progreso de una raza; partiendo de tal base las clasificaba como sigue: 1.°, la blanca; 2.°, la amarilla; 3.°, la de los pieles rojas; 4.°, la negra de Africa; 5.°, la malaya u oceánica.

«Magister dixit», y quedábamos convencidos, sin ocuparnos de la influencia del medio en que se vive, de la educación, del atavismo y de una porción de otras circunstancias que hoy estimo importantísimas, aunque, por carecer de elementos de observación y de ciertos conocimientos especiales, no lo puedo comprobar.

Al estudiar el Derecho penal con un catedrático docto y progresivo, el señor Coll y Pujol, observé que el ilustre profesor daba alguna importancia al ángulo facial y a otras circunstancias señaladas por los médicos, pero no tan decisiva como otros criminalistas, cual venía observándolo en las obras que en la Biblioteca hojeaba. Según ellas, en el mundo no había criminales, sino enfermos; todo se atribuía al ángulo facial... Más tarde vino la guerra ruso-japonesa; los rusos ganarán—pensaba yo—, tienen el ángulo facial más abierto... No fué así.

Otra teoría idearon los médicos diciéndonos que la superioridad psíquica, y por consiguiente la mental, procedía «del mayor tamaño de la parte anterior de los lóbulos frontales comparativamente a la superficie, peso y complicación morfológica del hombre sobre el de la mujer y de ésta sobre el de los monos». Pero hete aquí que hoy tampoco resulta eso cierto, sino que es a la inversa; «el lóbulo frontal comparativamente *al total del cerebro es bastante mayor en la mujer que en el hombre*, es decir (términos textuales), *su órgano productor y generador* (?) *del pensamiento*, según Burbach, está más desarrollado en la mujer que en el hombre; pero hay más, ese mismo órgano «generador del pensamiento» está aún más desarrollado en el mono que en la propia mujer...

Recuerdo que una enfurecida femenista, devota de mistress Pankuque, por añadidura distinguida propagandista del «Salute army», para reclamar la absoluta igualdad de derechos de toda clase de la mujer y del hombre, alegaba precisamente la circunstancia física a favor de sus congéneres, (o «consexes»

que digamos), de que ellas tenian el lóbulo frontal mayor que el hombre..., pero se callaba el que los monos tenian aún mejor *fábrica de pensamiento.*

Sin duda, para contrariar a las femenistas, ha surgido otra teoría hija de posteriores observaciones. Según éstas y los estudios con los rayos de Blondlot referentes al funcionamiento cerebral y medular por Ballet, Mayer, Guiton y otros, resulta: «Que la catividad pura del pensamiento *corresponde a la zona parietal»* por los datos *frenológicos actualmente definidos* por otros innumerables más de anatomía, fisiología, psicología, por los acopiados por la tradición, la fábula y mitos religiosos, y de la idea que se desprende de la biología física, queda sentado: «Que la mujer es más primitiva que el hombre en la escala de la evolución, ya que la organización de la hembra es producto de la detención del desarrollo en grado inferior...» (Ley octava de las del desarrollo, de Meckel.)

No se crea, sin embargo, que dejo de considerar en lo que valen los estudios médicos. Lo que si temo es que busquen la piedra filosofal, careciendo de medios para que sus esfuerzos obtengan la proporcional compensación. Es probable que sus observaciones se realicen de modo imperfecto, en condiciones defectuosas; estudian el cerebro de los que murieron, el que no funciona, sólo pueden formar conjeturas más o menos probables, pero suposiciones al fin. Además parten de un solo punto de vista, que es: la influencia del cerebro sobre los actos externos del sujeto. Espiritualista soy, y no por eso dejo de reconocer que en casos se siente mucho la influencia del cerebro (de la materia, por noble que sea, materia es) sobre la exteriorización de las tendencias o actos animicos; el sujeto que tiene un cerebro anormal no podrá recibir con perfección las sensaciones externas, su educación, su modo de sentir y apreciar serán defectuosos; a su vez sus movimientos volitivos serán mal traducidos por su cuerpo; de ahí el desequilibro que notamos en esos desgraciados, puesto que para comunicar entre nosotros debemos servirnos de la materia—de la máquina de nuestra alma—de nuestro cuerpo con todos sus adecuados y órganos sentidos.

Las sensaciones externas producen en nuestro espiritu algo asi como el viaje de ida, ¿es que no lo hay también el de vuelta...?, o sea la exteriorización de actos volitivos animicos. Me dirán que esa exteriorización se realiza mediante células transmisoras; hay dolores que los médicos llaman reflejos. Esos defectos de los órganos receptores, ¿no podrían acaso motivar perturbaciones en otras células? Además, admitiendo el alma, cual yo en conciencia la admito, ¿se puede asegurar que ésta no tenga defectos ya al unirse al cuerpo? Yo así lo presumo; digo más, y es que tiene muchos defectos, por eso es *alma humana*... ¿Será tan absolutamente inmaterial como se cree...? ¿De tener cualquiera constitución flúidica, puede ser defectuosa también, pueden serlo los elementos que por ser intangibles y, hasta ahora imponderables, sus medios de comunicación con el cerebro no sean adecuados, de donde se producirian anomalias en el sujeto...?

Los estudios psicológicos son hasta hoy sobradamente defectuosos, especialmente por los prejuicios de quienes a ellos se dedican. Los médicos, por lo general, debido a que observan sobre todo el funcionamiento de órganos, suelen ser materialistas irreductibles, no suelen creer en la existencia del alma, porque «nunca la hallaron bajo su escalpelo»; tampoco deberían creer en la cohesión, la luz, la fuerza magnética, en sus probables distintas clases, y en otras fuerzas aún no bien notadas, sin contar en otras muchas que están por descubrir, las cuales producen fenómenos que nadie puede explicar, cual ocurre con la telepatía, cuyos efectos, sin ser frecuentes, repetidas veces se han comprobado, especialmente durante la sangrienta persecución de los protestantes en Francia en el reinado de Carlos IX. A pesar de todos los materialismos, siempre queda en pie la deducción «Cogito, ergo sum». No se ven aquellas fuerzas naturales, otras permanecen incógnitas; así también existe el alma racional, ya que patente es la facultad de discurrir y la elección en el sujeto para obrar, circunstancias que no se manifiestan en el reino mineral, en el orgánico tampoco, aunque parece ser superior al primero ya que la afinidad en él es más variada y rápida; en el reino vegetal ya se nota un estado superior, hay movimientos de otra naturaleza, las raíces escogen de la tierra los elementos necesarios, sus barbas se prolongan y multiplican en demanda de la humedad, merced a la cual es posible la asimilación de los elementos indispensables, el árbol o la planta; no tienen inteligencia, pero sí algo que podríamos llamar principio vital, que parece semejarse al instinto, como en la sensitiva, el girasol, etc... En el reino animal existe otro elemento aún más elevado, el cual no se manifiesta con igual intensidad en todos ellos. En algunos parece notarse cierto discurrimiento (especialmente en el perro, los caballos, los elefantes, los monos); llamar eso simplemente «instinto», es no decir nada; para convencerse de tal discurrimiento el medio más fácil es observar al perro cazando, e incluso sin cazar, observándole en la propia casa: sabe pedir, nota las penas o las alegrías a poco que el amo las exteriorice; hay, pues, en el animal, el principio vital (que podríamos llamar), facultades ambulativas, y aunque limitadas, las volitivas, un asomo de discurrimiento simple con un tinte de conciencia (el perro rara vez muerde al niño). Pero las facultades casi psicológicas que el más inteligente de los animales pueda tener, son extraordinariamente limitadas con relación al hombre. Éste, además de las facultades vital, ambulativa y volitivas, tiene otra u otras aún superiores, la de *argumentar y abstraer*, *discernir generalizando*, *sintetizar*, cosas que sólo algo superior puede hacer. El animal discurre sólo en los actos concretos y materiales, no puede establecer reglas, suponiendo que progrese, es incapaz de legar ese progreso a sus congéneres; eso sólo está reservado al alma humana; así sólo ésta puede tener cabal conciencia del bien y del mal, del derecho y del deber; aun cuando toda legislación desapareciese, sabe el hombre cuándo obra rectamente y cuándo no; el más empedernido y degenerado, al cometer, no ya el delito, sino la simple falta, sabe que su acto es injusto,

siempre en él queda lo que llamamos conciencia por muy oxidada que esté.

Todas esas diferencias señaladas, a diario las podemos ver y se ven; tanto es así, que de todo tiempo y en todo lugar se han reconocido, atribuyendo al hombre la tenencia del alma racinal distinta del instinto que se asignaba a los animales. Las anomalías mentales en el hombre han dado lugar a muchas conjeturas y dudas con relación a la existencia de esa alma, pero son infundas; ¿cuántas cosas existen, notamos sus efectos y sin embargo no las podemos explicar? ¿Sabemos acaso lo que es la materia? ¿Y ese fenómeno que se llama cohesión en virtud del cual las moléculas *parecen formar un solo cuerpo*, y que si se le calienta debidamente la tal cohesión se debilita, hasta el punto que, de seguirse aumentando la temperatura, aquellas moléculas, en lugar de atraerse, *parecen repelerse,* resultando vapores que se disipan en la atmósfera...? ¿Por qué ciertos cuerpos cristalizan en formas determinadas? Debe de haber una razón que ignoramos, pero la razón existe. No hallamos tangiblemente el alma, pero ella también existe, puesto que discurrimos.

No poco ha contribuido a la negación del alma la idea tan abstracta que de ella nos legaron las diversas religiones; hasta tal punto la quisieron idealizar, que casi la quitaban realidad, no dando lugar a presumir la existencia de otras realidades que pusiesen en contacto el alma con la materia, y, sin embargo, lógicamente algo con tal fin debe de existir. Si las células cerebrales vibran, y así transmiten o reciben las sensaciones, producirán algo que se parezca al magnetismo, a una especie de electricidad animal; el alma puede no ser en absoluto irreal (carecemos de términos para expresar gráficamente ciertas ideas, a ello tal vez sean debidas muchas de las confusiones de los filósofos); podrá ser de una vaporosidad sutil y mediante a tal circunstancia tener aptitud para percibir convenientemente aquella especie de magnetismo producido por las vibraciones de las cortezas cerebrales. Hoy por hoy se carece de conocimientos y de instrumentos adecuados para semejantes análisis; posible es que llegue día en que se pueda comprobar un ligerísimo descenso en el peso del ser humano en el momento de su fallecimiento; sólo serán gramos lo que señale; nada me sorprendería que con los años se pueda idear algo análogo al galvanómetro para medir flúidos anímicos que hoy desconocemos, tal vez por nuestra petulante presunción; nadie, que yo sepa, se ha dignado hacer un serio estudio del fenómeno de autolevitación que ciertos yoguis y fakiros de la India realizan. Ese y otros fenómenos demuestran la existencia de fuerzas o facultades en absoluto ignoradas en cuanto a su causa.

De desear es que eso se estudie *sin prejuicio;* entonces los estudios psicoógicos darían un gran paso y tendríamos, tanto espiritualistas como los materialistas, las mayores sorpresas; ambos habríamos presentido parte de la verdad, pero sólo una parte, *y muy incompleta.*

EVARISTO GARCÍA ALEJALDRE.
Abogado.

Madridejos, septiembre 1921.

La cuarta dimensión en los dominios científico, artístico y teosófico.

CONFERENCIA DADA EN PARÍS, EN LA SOCIEDAD TEOSÓFICA DE FRANCIA, EL 19 DE JUNIO DE 1921,

POR DON ILLAN ÁLVAREZ DE TOLEDO, MARQUÉS DE CASA-FUERTE.

Traducción de J. GARRIDO

(CONCLUSIÓN)

En el plano material, para convertirse el pensamiento en acción, tiene necesidad de la voluntad; mientras que, en los planos superiores, todo pensamiento es acción, sin que se precise el factor voluntad. Esto es lo que diferencia el pensamiento humano del pensamiento superior que llamamos también pensamiento sobrehumano o divino. Todo acto de voluntad es un acto de creación. Para el Absoluto, querer y crear no son más que una y la misma cosa: lo que Él quiere, es. «En el principio—dice el Génesis—Dios creó el Cielo y la Tierra.» Ahora bien: Dios sólo podía crear el Cielo y la Tierra; es decir, todo lo que existe y puede existir, por su sola voluntad. En Dios estaba lo creado y lo increado, el creador y la criatura; por lo cual en cada sér que ha sido, que es y que será, en cada germen que ha existido, que existe o que deba existir, Dios está, puesto que Él es el comienzo y el fin, el Alfa y el Omega. La dificultad material (es decir, el obstáculo) sólo existe, pues, en el plano material; pero sin ir hasta el Absoluto, ¿no ocurre en parte lo mismo con nosotros? ¿No existe lo que queremos en nosotros y fuera de nosotros en algún sitio del Espacio?

Lo creado por nuestro pensamiento y vivificado por nuestra voluntad, pertenece a una esfera en que la materia no existe, es decir, que se creó en lo imponderable. En esta esfera es donde la mente espera su realización en el mundo de tres dimensiones y según sus leyes... ¿Qué se necesita para que se lleve a efecto esa realización? Los pensamientos van a ocupar las esferas que corresponden a su densidad espiritual; de modo que el que sea, por ejemplo, de un orden práctico o mundano, ocupará un lugar inferior al que se refiera a un elevado problema de la vida espiritual; y dado que nuestro Espiritu ocupa, en virtud de la ley de las densidades espirituales, el plano al que tiene derecho, se sigue de ahí que vivirá en medio de pensamientos de la misma esencia que la suya; y por medio de nuestro mental superior es como esos pensamientos, alcanzados por nuestro Espíritu, llegarán a nosotros. De este modo vemos en nosotros, de repente, un pensamiento que nos parece extraño, pero que nos pertenece, sin embargo, puesto que se encuentra en el mismo plano que nuestro elemento espiritual y marca el grado al que hemos llegado en la escala del Espacio. Y he aquí cómo todo acto de voluntad es un acto de creación. Si he demostrado que el cuarto espacio y los que le siguen corresponden al dominio del pensamiento, se deducirá de esto que, desarrollando la mente y todo lo que al pensamiento se refiere, nos preparamos desde ahora

nuestro espacio futuro, de suerte que cuando lleguemos a él será con facultades apropiadas al nuevo estado, es decir, con un organismo que se adapte a las leyes del medio que nos espera y a la vida espiritual de los planos superiores. Quiero decir con esto que, al construir y desarrollar desde ahora el organismo propio para adaptarnos a ese medio espiritual de los espacios superiores de al menos cuatro dimensiones, entiendo que construimos y desarrollamos desde ahora el sentido especial adecuado para nuestra adaptación a ese mundo nuevo. Yo llamo a ese sentido, sentido interespacial.

* * *

Toda función implica la existencia del órgano en que se localiza. Si mostramos que existe una función determinada, se desprenderá necesariamente que el órgano, sede de esa función, debe existir.

No tengo que hacer aquí historia de los fenómenos de orden psíquico; nadie, creo yo, puede negarlos en lo sucesivo. Todos esos fenómenos deben interesarnos, pues se trata de manifestaciones que siguen una ruta ignorada, que no puede ser otra que la del cuarto espacio: todo el problema interespacial entra en juego. Ya consideremos la intuición, la telepatía, la presciencia o la videncia, vemos que se trata de fenómenos que se reducen todos a la percepción de lo que nos llega de la dirección del cuarto espacio; constituyen ellos una función única y deben tener como sede un órgano único, que es naturalmente el órgano del sentido interespacial. Habiendo reconocido así la unidad de la función en todos los fenómenos psíquicos, vamos a poder tratar de fijar cuál es la cualidad de esas percepciones.

Lo que llega a nuestro sentido auditivo, visual y olfativo, son ondas producidas por vibraciones de esencias diversas. Esas vibraciones dan, en efecto, nacimiento a ondas que el éter permite se propaguen a lo lejos, y que, incitadas a través del Espacio, alcanzan el sentido especial que les conviene, el cual, registrándolas, las transmite a nuestro yo consciente. Lo mismo debe ocurrir con el pensamiento. Todo pensamiento, por el hecho de ser *pensamiento*, adquiere una especie de dinamismo productor de vibraciones; esas vibraciones engendran ondas que, sostenidas por el flúido etérico, llegan a nuestro sentido interespacial. Debe existir un cierto parentesco entre las ondas del pensamiento emitido, las ondas hertzianas, las ondas de los rayos X y las de esos rayos N descubiertos por Mr. Blondlot en Nancy, de donde se llamaron rayos N. Estos últimos rayos, al contrario de lo que ocurre con los rayos X, pueden ser polarizados y reflejados. Todos los cuerpos no pueden ser atravesados por las ondas hertzianas, y tampoco por los rayos X y N; sin embargo, ninguna opacidad debe existir para las ondas del pensamiento, no solamente a través de las paredes de nuestro plano, sino entre ese plano y los planos superiores. No pueden existir más obstáculos para las ondas del pensamiento que las que existen para el recuerdo o los que nuestra mirada encuentra al atravesar un vidrio transparente. Esas vibraciones emitidas ya por un sér de ese plano, bien por una entidad de otro plano, crean ondas que llegan a nuestro sentido interespacial, encargado de transmitir a nuestro yo las percepciones llegadas del cuarto espacio.

Si queremos penetrar más adelante en la cuestión y descubrir en qué sitio estará situado el órgano interespacial, es necesario reconocer en seguida que sólo puede tener su sede en la bóveda craneana. Cuando nos concentramos, con los ojos abiertos, ya sea con la intención de escrutar un terreno inexplorado, o con la de responder a una pregunta para la cual deba ponerse en juego toda nuestra intuición; o bien para meditar sobre un pensamiento fecundo, nos fijamos en un punto cualquiera ante nosotros que pronto dejamos de ver. Los objetos situados en ese espacio visual se borran o sufren una deformación geométrica, sentimos un dolor en nuestros globos oculares, como producida por una presión; nos parece que nuestros ojos no ven ya: lo que parece ver es la parte frontal situada entre nuestros dos ojos, ligeramente por encima de los arcos superciliares, exactamente en continuación de la arista nasal, allí donde nuestra frente sufre una depresión más o menos pronunciada, según los individuos. Experimentamos, por otra parte, una sensación bien definida; nuestros ojos son atraídos, convergen hacia ese punto central, una especie de somnolencia, de entumecimiento, nos invade, el dolor persiste y se transmite a veces a los músculos zigomáticos.

Ese punto hacia el cual converge nuestra vista biocular para convertirse en vista monocular, ¿no sería el asiento del órgano interespacial? Colocado frente al hueso frontal, estaría directamente en relación con los lóbulos de esa misma región frontal. Mas he aquí que los neurólogos modernos atribuyen a los lóbulos frontales las más elevadas funciones psíquicas. Tal es, a mi juicio, el asiento que atribuyo a nuestro órgano interespacial, órgano encargado de recibir las ondas venidas del cuarto espacio. Pero, ¿se trata de un órgano *ad hoc* bien definido, o sencillamente de una región más sensible que pueda ser impresionada por las ondas interespaciales? Es muy difícil responder hoy a una cuestión tan precisa: el órgano interespacial, no lo olvidemos, debe ser invisible, pues sólo puede ocupar el cuarto espacio, así como el canal semicircular vertical destinado a recibir las percepciones llegadas del plano vertical ocupa el plano vertical y no es visible más que para aquel que posee la visión vertical. Así, pues, para descubrir el órgano del cuarto espacio hay que estar dotado de la cuarta dimensión. Yo creo que nuestro cuerpo, además del órgano interespacial, debe poseer al estado latente, un gran número de órganos insospechados que se desarrollarán en cuanto se haga sentir nuestra necesidad espiritual, respondiendo así a las exigencias de nuestra evolución espiritual y concediéndonos el horizonte espacial, al que tendremos derecho. Se ve, pues, que puesto que existe la función que nos permite alcanzar por la vía del cuarto espacio lo que ocupa ese espacio, tanto sobre nuestro plano regido por un sistema euclidiano de tres dimensiones como sobre los planos superiores de cuatro dimensiones al menos; puesto que esta función existe, es preciso que el órgano apropiado en que se localiza esa elevada función psíquica exista igualmente. Ese órgano, ya lo hemos visto, debe estar situado dentro de la bóveda craneana, en contacto con los lóbulos frontales y recibiendo, a través del hueso frontal, las ondas psíquicas o interespaciales, verdadero órgano del pensamiento superior cuyo desarrollo aportará una amplificación considerable de nuestro horizonte espacial, necesaria para la mejora de nuestra vida física y terrestre, así como para el ensanche y la evolución de

nuestra vida moral y espiritual. Porque la posesión de esa función desarrollada debe crear al nuevo sér. «Hay que ser hombre primero, luego ser Dios», ha escrito Hierocles; y hacia las entidades superiores, hacia el mismo Dios deben elevarse nuestros pensamientos superiores y permitirnos transportar nuestras miradas, como nos lo ordena Etienne de Alejandría, «hacia la belleza grande e inmaterial de los seres celestes». De ese ser nuevo es del que me resta hablaros, dibujándoos la imagen espiritual y moral.

* * *

El sentido interespacial es una facultad y toda facultad es un don. ¿Pero es el don más elevado concedido al más digno? ¿Estar mejor dotado es tener el mayor mérito? Hay que juzgar a un sér, no por el número o la importancia de sus facultades, sino según el uso que hace de ellas, así como al rico no debiera respetarse más que en proporción al uso que hace de sus riquezas. El hombre, en una palabra, no debe ser juzgado más que por su vida, pues ella establece su valor moral. El sér que posea el sentido interespacial debe, en primer lugar, mostrarse digno de él, así como el que es digno de él y no lo posee debe adquirirlo por el desarrollo de sus pensamientos. El pensamiento adquiere, bajo la acción de la voluntad, un dinamismo que crea en la materia maleable del hombre un estado nuevo. Todo sér cuya evolución ha alcanzado cierto grado en la escala de las densidades debe experimentar la necesidad del sentido interespacial y, como la necesidad crea el órgano, la necesidad espiritual requerida por un estado espiritual debe crear necesariamente el órgano. Si es cierto que el hombre vale lo que valen sus pensamientos, el hombre debe valer lo que valen sus posibilidades. ¿Qué es un cuerpo inerte? Es el que no puede moverse en ninguna dirección. Pero ese sér, ¿no posee en sí una fuerza que quisiera expansionarse y que sufre de su inacción? Ese cuerpo inerte, habitado por una fuerza encadenada, podemos considerarlo como un sér de dimensión cero. Pero, a la larga, ¿no llegará esa fuerza, localizándose en un punto determinado, a romper por una de sus superficies? Esa fuerza, ¿no podemos compararla a la voluntad de un sér que la permite al localizarse el adquirir las facultades necesarias a su vida espiritual? La fuerza irrumpe a través de la superficie. *Gutta cavat lapidem.* La voluntad creará el órgano.

El sér dotado del sentido interno participa de la vida de dos mundos. La elasticidad, la imponderabilidad de su mente le confiere las propiedades del cuarto espacio. Pudiendo elevarse por el pensamiento por encima del plano euclidiano, el sér provisto del sentido interno ve todas las cosas no sólo desde un punto de vista especial fuera de ese plano, sino con una manera de ver especial. Ese sér considerará sus deberes y sus derechos hacia su prójimo y hacia sí mismo en el sentido de la cuarta dimensión, es decir, que tendrá de su horizonte espiritual una visión infinitamente más vasta y más profunda que la que poseen los seres exclusivamente de ese plano: tendrá él un horizonte distinto. Ese sér verdaderamente superior verá más en el fondo de los sentimientos y más allá de las acciones de toda alma humana, y dado que su función visual y su punto de visión son otros, otros serán su juicio y su moral. Con frecuencia será incomprendido y mal juzgado, porque lo que los hombres

comprenden menos es lo que reside fuera de sí mismos, y no se comprende más aquello que se es digno de comprender. Sin embargo, a la larga, la actitud del sér superior tendrá que imponerse, pues su religión puede resumirse en estos dos preceptos que forman sólo uno: en lo que le concierne, desarrollar su elemento espiritual por medio de la selección de los pensamientos, a fin de atraer sin cesar su espíritu hacia lo Divino; en lo que concierne a su prójimo, desenvolver el elemento superior de cada sér por medio de los pensamientos mejores para engrandecer la personalidad moral de cada uno a fin de elevar sin cesar su espíritu hacia las esferas superiores.

El sér realmente superior ve más allá de las acciones y de los gestos y juzgará necesariamente no por esas acciones y esos gestos, sino por sus resultados espirituales. De ahí resultará que su idea de la justicia basada sobre el amor, será muy diferente que la de la justicia basada sobre la sanción.

Una sola cosa debe existir para el espíritu superior: el objetivo final a alcanzar, es decir, el estado que se debe llegar a tener. Toda acción crea en nosotros un estado que, perteneciendo al dominio de las conciencias, sale de los límites de las sanciones terrestres y escapa en lo sucesivo al dominio de sus jueces y de sus leyes. El espíritu superior no debe ver en toda acción humana más que el estado espiritual a que llegó el que lo ha cometido. Acabo de establecer las bases de esta ley esencial. «La acción no cuenta: lo único que importa es el estado mental y el espiritual derivado de aquella acción.»

¿Quién nos dice que la acción brutal realizada por un sér en condiciones internas que ignoraremos siempre probablemente no sea beneficiosa y no permita a ese sér alcanzar un punto que aún no había nunca conseguido sobre la curva ascendente de su evolución? La justicia humana no debiera en ningún caso aplicar la pena capital, pues impide al culpable el ascender por la ruta iluminada y maravillosa de la altura espiritual. Quizá ese culpable no conozca nunca esa luminosa resurrección; pero la justicia humana no debe privarle de sus probabilidades de alcanzar ese estado, aunque no fuese más que un instante, antes de morir al llegar su hora.

Considerando el efecto moral y espiritual de una causa o acción humana es como se juzga acertadamente de los acontecimientos del plano terrestre. Si pudiésemos conocer el efecto neutral y espiritual de un gesto humano en el momento en que se verifica, hubiéramos transpuesto a un nuevo registro el valor de ese gesto; habríamos, en cierto modo, extraído su esencia. Si yo poseyera el poder de considerar, hoy mismo, el reflejo de la actitud que la vida me impone, sabría desde este momento el valor exacto de esa actitud y, según su valor, si debo adoptarla o evitarla. Si nos fuese permitido escrutar así el horizonte espiritual de nuestras almas, llegaríamos a dirigir nuestra vida hacia su forma más elevada y más pura. Ese don de transposición clarividente nos permitiría dirigir nuestra alma superior hacia el punto invisible y lejano que sabemos debemos alcanzar.

Todo esto puede parecer al principio que pertenece al dominio de la fantasía; pero si consideramos la vida de los mártires de la fe, de los mártires de la idea, de los mártires del amor, vemos que han abierto voluntariamente la estrecha puerta por medio del sufrimiento y de la muerte. Hubieran podido abstenerse de su profesión de fe, hubieran podido amordazar la palabra que

afirmaba la idea, hubieran podido ahogar la voz de su amo; pero un pensamiento más claro y más fuerte que todos los humanos pensamientos contaba en ellos: era la voz de su verdad, a la que no podían desobedecer. Ese punto en que debe residir nuestra propia verdad no puede ser descubierto más que gracias al sentido interior, el único que sea capaz de indicarnos el camino de nuestra evolución espiritual.

La idea y la aplicación de la justicia superior constituye el don más alto del sér superior, sublime misión concedida a los privilegiados que, sabiendo ver en el más allá, pueden dirigir con mano segura a los que sólo viven aquí abajo; verdaderos enviados del cielo destinados a conducir de espacio en espacio a los ciegos de la vida espiritual.

Así, pues, el sér clarividente reposa con mirada especial sobre el alma de sus hermanos, transpone sobre el plano superior el valor de sus actos y de ellos extrae la esencia espiritual. Él les aporta la claridad de su vista y les ayuda a escrutar la sombra que les rodea; él desarrolla, lenta y progresivamente, ante ellos el uso de las leyes y de los ritmos eternos; él muestra a cada uno el camino que debe seguir; él sabe mirar en sí mismo al contemplar las almas y presentirlas; él se concentra en el punto más luminoso en que reside su verdad y se juzga como juzga a su prójimo. Él, que se habitúa a ser su propio juez clarividente y severo, desarrolla sus facultades espirituales y vive en contacto con la divinidad.

Tales son, en resumen, los dones que pertenecen al sér superior. Tal es el nuevo sér, nacido de la nueva raza a que debe pertenecer la Tierra. Todo proclama, a nuestro alrededor, que su advenimiento está próximo; diré hasta que sus primeros elementos han hecho ya su aparición entre nosotros. Y quiero cerrar esta conferencia con el pensamiento que expuse al final de mi primera carta a Elías de Cyon: «El nuevo Sér será tan diferente de nosotros como nosotros lo somos del hombre cuaternario.»

La Real Sociedad Geográfica de Londres y la Maestra H. P. B.

Peñalara, Real Sociedad Española de Alpinismo, nos acaba de hacer buenas las admirables frases de H. P. B. en la Introducción de *La Doctrina Secreta*, acerca de la misteriosa región tibetana, permitiéndonos oír, el día 26 de junio último, la misma conferencia que fué leída en Londres con toda solemnidad por los audaces exploradores ingleses de la gigantesca cadena del Himalaya, explicando su viaje a través de las misteriosas regiones del Thibet para alcanzar la grandiosa cordillera y las ascensiones realizadas en ella hasta hallar la ruta practicable para lograr la cima de la más elevada montaña del grupo, el Monte Everest (intento que se realiza actualmente), y, en fin, las mismas fotografías obtenidas durante el viaje y que avaloraron el interesantísimo relato. Si el espacio no nos faltase hoy, consignaríamos nuestras emociones ante esas aldeítas perdidas que dan entrada a «bibliotecas más ricas que el Museo Británico»; esas montañas sagradas habitadas por Mahatmas y Jinas teosóficos, y ese país admirable, secreto relicario de una cultura harto superior a la nuestra, pese a nuestras vanidades infantiles...

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.